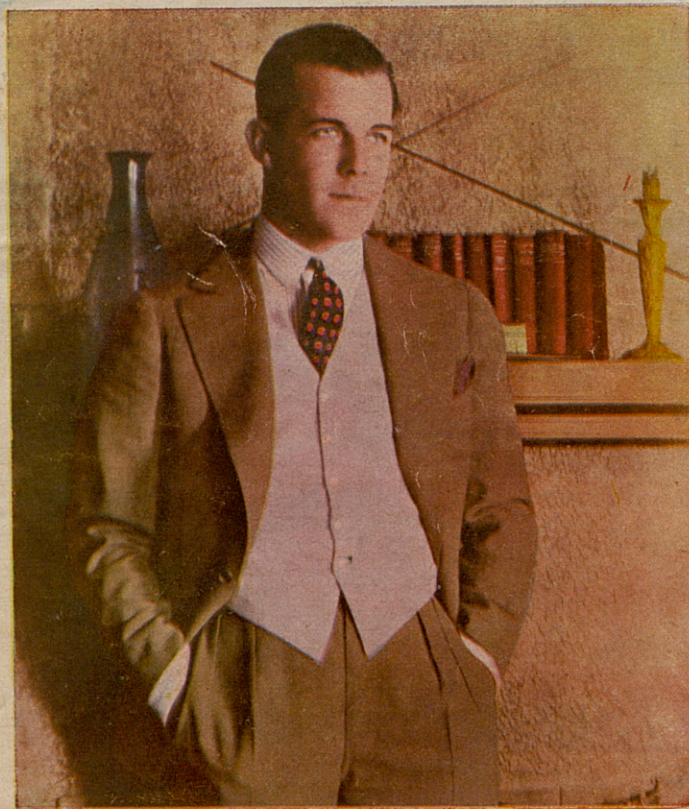


Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 98

25 cénts.



El hombre pájaro

por
REED HOWES

BIBLIOTECA ILUSION

El hombre pájaro

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título,
interpretada por

Reed Howes

Exclusivas PROCINE S. A. - Lauria, 71 - BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

EL HOMBRE PAJARO

PRIMERA PARTE

Para unos la Gran Guerra fué riqueza, para otros honores, para los más sólo experiencia y desengaños.

Entre estos últimos figuraba Aurelio Crawford. En la bélica aventura había perdido las energías para el trabajo, y la vida, dura y difícil para los ex combatientes, le iba hundiendo poco a poco en el pantano de la miseria.

Por el contrario, el reverso de aquella medalla eran las simpáticas figuras de Tomás y Ricardo, dos "pollos bien", para quien la vida era un sonriente jardín.

Sin más ocupación que la de pasar el tiempo, procurando hacerlo lo más velozmente posible, metidos dentro de su coche de carreras que, lanzado a toda velocidad, se tragaba kilómetro tras kilómetro, entre

el entusiasmo de los jóvenes que, poseídos por el vértigo, cada vez querían sacarle más kilómetros al auto, sin pensar quizás, que detrás de una de aquellas revueltas de la carretera les esperaba un precipicio, pero cuando se dieron cuenta de él ya era tarde; el coche lanzado a toda velocidad no había necesidad de pararlo. Se necesitaba una mano muy experta para realizar este milagro y la casualidad, o la suerte de aquellos muchachos fué en esta ocasión la aparición de Aurelio, que de un salto se metió en el coche y pudo detenerlo cuando la desgracia parecía inminente.

—¡Soberbio!—exclamaron a dúo los dos amigos—. ¡Nos ha salvado usted la vida!

—¡Tengo una idea!—exclamó Tomás, que acostumbraba tener ideas algo originales—. Será usted nuestro chofer. ¿Acepta?

Aurelio vió, con aquella oferta, el cielo abierto y contestó inmediatamente:

—Muy bien, señor, precisamente andaba buscando un empleo... ¿A dónde debo conducirlo?

—Llévenos usted a la mansión de los Kellong... Avenida de los Jardines.

Desde aquel momento, Aurelio Crawford se posesionó de su nuevo empleo y empuñó el volante para cumplir la orden que acababa de recibir.

Entre tanto, en la mansión de los Ke-



Un buen día el supuesto aristócrata aterrizó en el aeródromo

llong, el propietario de la misma, un gran fabricante de aeroplanos, recibía una interesantísima carta, cuyo contenido decía:

“Estimado señor: Yo, personalmente, le llevaré los planos de mi propulsor de elevación, pues no me atreví a confiárselos a nadie. Esos planos fueron hechos por mí con la colaboración de un miembro del Servicio de Aviación de los Estados Unidos, que estuvo en Francia durante la guerra. Me ha sido imposible encontrar a ese

hombre, y por tal motivo el invento está sin patentar.

—Espero llegar a esa en los primeros días de la próxima semana.

—“Muy suyo, *Jaques de Brecey*.”

Dejó el señor de Kellong la carta sobre la mesa y acercándose a su esposa, una de esas señoras que no creen en la felicidad de la vida si no adorna su nombre un título de nobleza, le dijo:

—Ahora, querida Marta, vas a poder dar brillo a tus salones con un conde auténtico.

—¡Oh, estoy encantada!... lo que se dice encantada... Siempre he sentido una gran admiración por la aristocracia.

La única hija del rico matrimonio era una preciosa chiquilla, de dieciséis abriles, que a pesar de su corta edad tenía menos humos en la cabeza que su madre y no pensaba como ésta en que la felicidad de su vida estribase precisamente en su casamiento con un título. Su *hombre ideal* no estaba aún bien definido en su espíritu y por lo mismo no sentía preferencia por ninguno de los muchos *gansos* que la rodeaban.

La noticia de la próxima llegada de un conde soliviantó el ánimo de la señora Kellong y le faltó tiempo para buscar a su hija y decirle:

—Dentro de poco será nuestro huésped un conde auténtico.

Su hija, sin darle importancia al asunto, respondió indiferentemente:

—No conozco a ningún conde... Veremos si éste es igual que todos los demás mortales.

La madre no pudo reprimir su pensamiento y exclamó, queriendo comunicar a su hija todo el entusiasmo de que se hallaba poseída:

—¡Mi sueño dorado es tener un yerno con muchos blasones y muchos pergaminos!... ¡Poder tener un escudo en la puerta... una corona en las tarjetas!... Y creo que a tí, a pesar de ese gesto, tampoco te disgustaría.

Florencia no pudo menos que sonreír ante la fogosidad de su madre y respondió:

—Yo me contento con menos, mamá... Sólo le pido a Dios, un hombre que me quiera mucho... ¡y aun me parece que es demasiado pedir!...

Tomás y Ricardo eran los dos mejores amigos del mundo, tenían los mismos gustos, idénticas costumbres y aficiones. Tan iguales eran en todo, que hasta se habían enamorado los dos de la misma mujer, que era Florencia.

Mientras que Aurelio esperaba en la



Una nube de fotógrafos le rodearon.

puerta de la mansión de los Kellong, entraron los dos amigos para saludar a Florencia y excusaron su indumentaria, un tanto deteriorada, diciéndole:

—Perdone usted lo inconveniente de la ropa, Florencia... pero es debido a que, para nosotros, las diez de la mañana es una prolongación de la noche... Y no hemos querido acostarnos, sin pasar a saludarla.

Una vez que obtuvieron el perdón de la joven, que se lo otorgó, riéndose de

aquella majadería, Ricardo continuó diciéndole:

—Tomás ha apostado cinco mil dólares a que usted se casará con él. Yo le he apostado otros cinco mil a que será usted mi esposa...

—¿Pero por quien me han tomado ustedes?...—exclamó molesta la joven—. ¿Tal vez por un caballo de carreras?

Comprendió Ricardo que había metido hasta dentro una de sus dos extremidades y quiso enmendar sus palabras sin conseguir otra cosa que enredarse aún más en el lío en que se había metido, hasta que Florencia lo hizo callar, diciéndole:

—Amigos míos, los dos han perdido sus apuestas, puesto que voy a casarme con un conde. Con el conde de Brecey, a quien esperamos dentro de unos días.

Mientras tanto el encargado de la fábrica hablaba con el propietario de la misma y le ponía al tanto de la marcha que llevaban los negocios, diciéndole:

—Aquí tiene usted el balance del último trimestre, se ha cerrado también con pérdida, señor Kellong.

Examinó éste las cuentas que le entregaba su encargado y después de repasarlas le entregó la carta que acababa de recibir, hablándole del invento y el capataz le dijo cuando la hubo leído:

—Este invento significa una fortuna incalculable para la fábrica de aeroplanos que pueda explotarlo!

—Pues esa fábrica será la nuestra—respondió Kellong—. El conde viene aquí expresamente para explotar conmigo su invento, así es que podemos decir que estamos de enhorabuena.

Tomás y Ricardo habían acabado por enojar a Florencia y aquella noche, cuando se dirigían a cenar, Ricardo le preguntó a Aurelio:

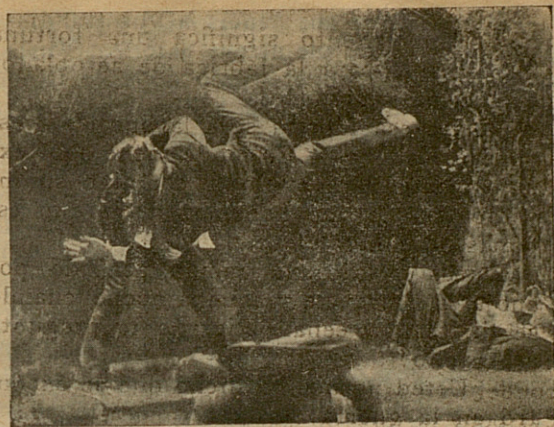
—¿Usted no nos ha dicho que se encontró en la guerra europea?

—Sí, serví como piloto en la Escuadrilla—Entonces somos camaradas—exclamó Ricardo—. Yo estuve también en Francia, en infantería.

—Y yo en Intendencia—intervino a su vez Tomás.

—Pues entonces, ya que somos compañeros de armas, propongo que esta noche cenemos juntos. Usted, Aurelio, se pondrá uno de mis trajes de etiqueta y nos acompañará.

Y tal como fué pensado fué hecho.



Se deshizo de los que estaban mas cerca de él.

SEGUNDA PARTE

Algunas horas después, Aurelio, completamente transformado en un "gentleman", hacía su entrada donde lo esperaban los dos amigos y les decía, contoneándose:

—Bien... Aquí me tenéis a vuestra disposición... Ahora me atrevo a todo... Vuelvo a encontrar en el fondo de mí mismo mi audacia de siempre... ¡Dadme una corona y seré rey!

—¡Una idea que se me ha ocurrido! —exclamó Tomás—. Con un sombrero de copa, un bigotito postizo y un monóculo, nuestro amigo puede pasar por un conde auténtico. Es preciso que, por espacio de unos días, seas para todo el mundo el conde de Brecy.

—Brecy... Brecy...—repitió Aurelio—. Yo conocí en Francia a un tal Jacques de Brecy, pero no era un conde; era un muchacho alegre y campachano, como nosotros.

—Es que el ser conde no quiere decir que se tenga que andar tieso como una estaca.

—Así y todo estoy seguro que éste tenía de conde como yo de cura.

—Bueno, lo que importa es que representes tu papel de forma que no se advierta la superchería.

—Acepto. Seré el conde de Brecy y procuraré desempeñar mi papel con la mayor perfección posible.

En casa de los Kellong se esperaba con cierta impaciencia la llegada del conde de Brecy, pero no era menor la que sentía el capataz de la fábrica por el arribo de

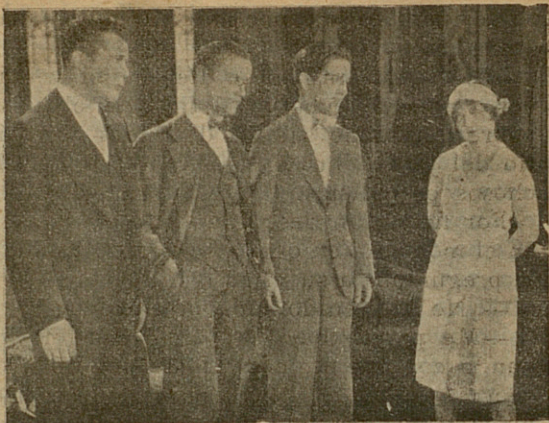
aquél. Carlos Grew, que así se llamaba el encargado de la fábrica, trabajaba por su cuenta cuando se le presentaba algún negocio, aun cuando éste no fuera muy limpio y el que ahora tenía en puerta era el de apoderarse de los planos del conde de Brecy y patentar a su nombre el invento del nuevo motor.

Como todos los de su calaña tenía también sus auxiliares que los había hecho entrar en la fábrica para facilitar sus propósitos y a quienes dijo tan pronto como supo la existencia de aquellos planos:

—El invento de que os he hablado todavía no está patentado. Con esos planos y el motor hecho por mí podemos hacernos millonarios... De forma que en cuanto aparezca el conde hay que apoderarse de él hasta que nos entregue los planos.

Un buen día, el supuesto aristócrata, aterrizó en el aeródromo de la fábrica Kellong, Tomás y Ricardo ya se habían cuidado de anunciar su llegada y la señora Kellong queriendo recibirlo con todos los honores que su título de aristócrata se merecía, había hecho venir a varios periodistas para que al día siguiente, los principales periódicos, publicasen la fotografía del conde.

En efecto, en cuanto Aurelio saltó del aparato una nube de fotógrafos le rodea-



— *Usted tendrá la gentileza de disculparme*

ron, enfocándolo con sus máquinas, pero Tomás y Ricardo acudieron a su lado, diciéndole:

— ¡No, de ninguna manera!... Si los diarios publican el retrato, alguien que conozca al verdadero conde, puede descubrirlo todo... ¡No te dejes retratar por nada del mundo!

Pero como los periodistas se empeñaban en salirse con la suya, Aurelio no tuvo más recurso que salir corriendo para po-

nerse fuera del alcance de las dichas máquinas.

Los "reporters" no se dieron por vencidos sino que echaron detrás de él y el pobre muchacho saltaba de uno a otro sitio del jardín, huyendo siempre de los dichos periodistas.

Por fin en un descuido entró en la casa en el momento en que la señora de Kellong le preguntaba a su hija:

— ¿No ha venido todavía el conde?

— Me parece que está en el jardín, jugando con los periodistas—respondió Florencia—. Por lo visto es un hombre que aborrece la publicidad.

— ¡Comprendo!—exclamó su madre—. Un verdadero aristócrata desdeña esas puerilidades... ¡Qué disgusto se estará llevando el pobre!

Pero no habían acabado aquí los acontecimientos que había originado su llegada, sino que poco después, Grew se preparaba para apoderarse del conde y durante un descuido que tuvo éste, paseando por el jardín se apoderaron de él varios hombres exigiéndole que les entregara los planos.

— ¡Yo no sé de qué planos me hablan ustedes!—exclamó extrañado Aurelio.

— Sabemos que es usted el conde de Brecey y que tiene los planos en su poder. Con

que suéltelos y no nos haga recurrir a la violencia.

Comprendió Aurelio que aquello se ponía más feo de lo que parecía y acercándose al auto en el que lo habían llevado, se deshizo de los que estaban más cerca de él de un buen puñetazo a cada uno y montando en el coche se dirigió a la residencia de los Kellong.

TERCERA PARTE

Como es natural, sus dos amigos no se elajaban un momento de su lado y Aurelio, cansado ya de tantos saltos y carreras les dijo: —¡Yo me largo de aquí!... ¡Me habéis enredado! ¡Desde que salté del aeroplano no he hecho otra cosa que dar saltos y cabriolas! —¡No digas tonterías—exclamaron a una los dos amigos—. Serías capaz de dejarnos colgados ahora? —Es que hay otra cosa además—volvió a decir Aurelio—. Me parece que es poco noble abusar de la candidez de una joven tan encantadora como la señorita Kellong. —No te importe—dijo Tomás—. Tienes que seguir hasta el final la idea que se me ocurrió y ahora mismo bajas para disculparte con ella de lo frío que has estado.

TERCERA PARTE

Como es natural, sus dos amigos no se elajaban un momento de su lado y Aurelio, cansado ya de tantos saltos y carreras les dijo:

—¡Yo me largo de aquí!... ¡Me habéis enredado! ¡Desde que salté del aeroplano no he hecho otra cosa que dar saltos y cabriolas!

—¡No digas tonterías—exclamaron a una los dos amigos—. Serías capaz de dejarnos colgados ahora?

—Es que hay otra cosa además—volvió a decir Aurelio—. Me parece que es poco noble abusar de la candidez de una joven tan encantadora como la señorita Kellong.

—No te importe—dijo Tomás—. Tienes que seguir hasta el final la idea que se me ocurrió y ahora mismo bajas para disculparte con ella de lo frío que has estado.



Estoy verdaderamente impaciente por ver esos diseños

—Está bien—repuso el supuesto conde—. Pero si de esta broma resulta algo desagradable, que conste que yo no tenga ninguna culpa.

Casi a empujones lo echaron a escalera a bajo y se encontró de pronto frente a Florencia que le sonrió de una manera como para fascinar al hombre más contrario al sexo femenino.

—Usted tendrá la delicadeza de disculparme... pero esos fotografías me pusieron

nervioso hasta el punto de olvidarme de las leyes de urbanidad.

—No tiene usted por qué disculparse... Yo comprendo todo y hasta me ha sido usted mucho más simpático por esa causa. Odio a los hombres presumidos y he visto que usted a pesar de su título, es de un trato sencillo y agradable.

Aquella noche, Aurelio Crawford estaba convencido de que la Tierra era en el Cosmo el planeta más confortable. Jamás había disfrutado de tantas comodidades como las que le ofrecía la familia Kellong y mientras los padres hablaban con Tomás y Ricardo, Aurelio, que no podía apartar de su imaginación la dulce imagen de Florencia, quiso confesarle toda la verdad y la sacó a la habitación inmediata.

Sentados los dos jóvenes en uno de los sofás, Aurelio fué a dar principio a su confesión, diciendo:

—Señorita... yo quisiera decirle...

—Supongo lo que va usted a decirme—le atajó Florencia.

—¿Qué sabe usted?

—Si, señor. Sé que le pesa a usted la corona condal y que de buena gana la tiraría usted lejos. ¿No es eso?

—Efectivamente... Pero hay algo más que yo debo decirle...

—También lo adivino... Va usted a hablarme de sus inventos, de sus planos.

—¿Sabe usted algo acerca de esos planos?

—Algo sí... Sé, por lo menos, que se trata de un propulsor de elevación. ¿No podría usted facilitarme algunos datos sobre lo que es?

Más tarde se lo explicaré a usted todo... ahora, señorita, tenga usted la bondad de decirme si esos planos le interesan mucho a su papá.

—Muchísimo. Eso significa el resurgimiento de su industria, que es casi tanto como su fortuna... Grew, el encargado de la fábrica, anda loco por ver ya en sus manos esos planos.

Al ver a los jóvenes en tan amena charla, comprendió Ricardo que el nuevo conde no le era del todo desagradable a Florencia y, mientras el señor Kellong iba en busca de Aurelio, le dijo a Tomás:

—Me parece que con tu gran idea lo has arreglado todo, en efecto... pero no para nosotros, sino para él.

—Estoy verdaderamente impaciente por ver esos diseños—le dijo a Aurelio el señor Kellong, cuando se acercó al grupo que formaba su hija con el conde.

—No se impaciente—le contestó—Yuego los verá... Por de pronto, yo le garantizo



—Siento mucho tener que recurrir a la violencia, pero usted no saldrá de aquí

que el invento es suyo, que usted sólo lo explotará.

Pero un día se presentó en la fábrica Kellong un visitante inoportuno que le preguntó al capataz:

—¿Es esta la fábrica Kellong?

—Sí, señor—respondió aquél—¿Desea usted hablar con el dueño?

—Yo soy el conde de Brecy—contestó el visitante.

Entre el capataz y algunos de sus hom-

bres se cambiaron una mirada de inteligencia y aquél volvió a decir:

—¿De modo que usted es el señor conde de Brecy? Bien venido, señor.

—Desearía ver, sin pérdida de tiempo, al señor Kellong.

—El señor Kellong no está ahora en la fábrica; pero yo mismo le acompañaré a su casa, si usted no tiene inconveniente.

—Al contrario, muy agradecido.

—Muchachos—ordenó el encargado a sus cómplices—, encargaos vosotros del equipaje del señor conde... Ya sabéis a donde debéis llevarlo.

Conducido por el capataz entró el conde de Brecy en una casa de aspecto no poco recomendable y al momento preguntó:

—Y dice usted que el señor Kellong vendrá aquí?

—Sí, señor. Aquí es donde despachamos nuestros asuntos reservados.

Mientras tanto, los compiches del capataz habían registrado el equipaje del conde y al no encontrar en él los planos que buscaban, salieron y le hicieron señas a Grew de que no habían encontrado nada.

El conde había notado algo anormal en todo lo que le estaba pasando y queriendo salir de allí exclamó:

—Bueno, mientras viene el señor Kellong, voy a dar un paseo por afuera.

Pero al ir a salir se interpuso Grew, diciéndole:

—Siento mucho tener que recurrir a la violencia, señor conde, pero usted no saldrá de aquí hasta que me haya entregado los planos del propulsor.

—Usted no puede detenerme contra mi voluntad!—exclamó el conde—. El cónsul de Francia me está esperando, y efectuará pesquisas, si no llego!

—El cónsul no le hechará de menos, porque desde hace unos días un sujeto ocupa el sitio de usted y usa su nombre en casa de los Kellong.

Y mientras el verdadero conde se veía obligado a permanecer atado a la silla donde lo habían colocado aquellos desalmados, Aurlio continuaba con Florencia los primeros capítulos de su historia amorosa.

Insensiblemente uno y otro habían ido interesándose y lo que principió por una mutua simpatía se trocó bien pronto en una mutua pasión, que hacía que Ricardo y Tomás se enfureciesen con aquel intruso que había venido a quitarles la novia.

Viendo que las cosas tomaban un curso bien diferente del que ellos querían, llamaron a Aurelio y le dijeron:

—¡Esta farsa tiene que terminar! Estás siendo demasiado mimado y eso perjudica nuestros intereses.



Abandonó el auto y subió a un aeroplano

—No temáis, amigos—respondió Aurelio—. No pienso ni remotamente conquistar el corazón de la señorita Kellong... ¡Soy muy poca cosa para ella!

—¿Eso quiere decir que harás mutis por él lo más pronto posible?

—No. Antes quiero una explicación con Florencia, para que me perdone.

En aquel instante apareció ésta, y llevándose del brezo a Aurelio le dijo:

—Está usted muy callado esta noche, conde...

—Señorita... es que... no me atrevo a decirle lo que pasa en mi corazón... Quizás mañana.

Y esperando el *mañana* tan deseado, Florencia se transportó aquella noche mentalmente al país encantado de la quimera.



Abandonó el auto y subió a un aeroplano

—No temáis, amigos—respondió Aurelio—. No pienso ni remotamente conquistar el corazón de la señorita Kellong... ¡Soy muy poca cosa para ella!

—¿Eso quiere decir que harás mutis por él lo más pronto posible?

—No. Antes quiero una explicación con Florencia, para que me perdone.

En aquel instante apareció ésta, y llevándose del brezo a Aurelio le dijo:

—Está usted muy callado esta noche, conde...

—Señorita... es que... no me atrevo a decirle lo que pasa en mi corazón... Quizás mañana.

Y esperando el *mañana* tan deseado, Florencia se transportó aquella noche mentalmente al país encantado de la quimera.

CUARTA PARTE

Tomás y Ricardo estaban cada vez más furiosos por el comportamiento de Aurelio y deseando poner fin a aquella situación.

Tuvo Tomás una de sus ideas, que expuso a su amigo, diciéndole:

—El único medio para conseguir que nuestro aristócrata suelte su título es ir a decírselo al cónsul de Francia.

—¡Esa es la única idea aceptable que has tenido esta semana!—le contestó su amigo.

Al día siguiente, tal y como lo habían pensado, Tomás y Ricardo se presentaron en el consulado francés, y dieron cuenta de aquella superchería, terminando del siguiente modo:

—...y nosotros tenemos sobradas razones para creer que ese hombre no es el verdadero conde de Brechy...

—Lo que ustedes me dicen—respondió el

representante de Francia— es en efecto muy grave... un caso de importancia internacional... Yo veré a ese suplantador y si es cierto lo que ustedes afirman... ¡ah, si es cierto!... Entonces mi enérgica reclamación llegará hasta el mismo Washington.

—¡Ya ves para que sirven tus ideas! ¡Seguramente vas a provocar otra guerra!—exclamó Ricardo cuando salieron del consulado.

Pero antes que nadie pudiera descubrir su verdadera personalidad, Aurelio quiso sincerarse con Florencia y para ello dejó escrita una carta que decía:

“Florencia: Yo no soy conde; no soy nada. Soy sólo un hombre que la quiere a usted con toda el alma y que se arrepiente de haber abusado de su buena fe. Adiós. Piense usted en mí alguna vez.”

Aurelio Crawford.”

Dejó la carta sobre la mesa para que la recogiera Florencia, pero al ir a salir, oyó al cónsul que le decía al señor Kellong:

—y ahora, ya sabe usted que ha sido víctima de un impostor. El conde verdadero debe haber sido secuestrado, y ese personaje se habrá encargado de substituirle.

—¡Ah, el miserable!—exclamó Kellong.—Mandaré tras él todos los pilicías de la ciudad!

La única persona que salió en su defensa
—¡El no será conde!... ¡Pero miserable
fué Florencia, que exclamó:
tampoco lo es!

Aurelio al sentir esta conversación saltó por el balcón, y casualmente se dirigió a la casa donde estaba secuestrado Brecy. Al ver cerrada la puerta entró por la ventana y un grito se escapó de su pecho.

—¡Jaques de Brecy... tú aquí!

—¡Aurelio! ¿Cómo has sabido que me encontraba aquí secuestrado?—exclamó a su vez el conde.

—No puedo explicarte nada ahora—repuso Aurelio mientras lo desataba—. Bastará decirte, para que comprendas algo, que hasta ahora te he estado sustituyendo en casa de los Kellong.

Y en pocas palabras le puso al corriente de todo lo que sucedía.

Extrajo del bolsillo los papeles, pero en aquel momento Grew, que había entrado se los arrebató y huyó con ellos perseguido de Aurelio y Florencia.

La única persona que salió en su defensa
—El no será conde!... ¡Pero miserable
fué Florencia, que exclamó:
tampoco lo es!

Aurelio al sentir esta conversación saltó por el balcón, y casualmente se dirigió a la casa donde estaba secuestrado Brecy. Al ver cerrada la puerta entró por la ventana y un grito se escapó de su pecho.

—¡Jaques de Brecy... tú aquí!

—¡Aurelio! ¿Cómo has sabido que me encontraba aquí secuestrado?—exclamó a su vez el conde.

—No puedo explicarte nada ahora—repuso Aurelio mientras lo desataba—. Bastará decirte, para que comprendas algo, que hasta ahora te he estado sustituyendo en casa de los Kellong.

Y en pocas palabras le puso al corriente de todo lo que sucedía.

Extrajo del bolsillo los papeles, pero en aquel momento Grew, que había entrado se los arrebató y huyó con ellos perseguido de Aurelio y Florencia.

En casa de Kellong se hallaban reunidos en aquel momento todos los que habían intervenido en la comedia urdida por Tomás, y el verdadero conde les decía:

—Nadie se ha salido de la más estricta corrección, señores... Aurelio es mi mejor amigo y coloborador. El invento es tanto de él como mío, puesto que los dos lo realizamos en Francia durante la guerra... y ahora, aquí están los planos.

Extrajo del bolsillo los papeles, pero en aquel momento Grew, que había entrado se los arrebató y huyó con ellos perseguido de Aurelio y Florencia.

En casa de Kellong se hallaban reunidos en aquel momento todos los que habían intervenido en la comedia urdida por Tomás, y el verdadero conde les decía:

—Nadie se ha salido de la más estricta corrección, señores... Aurelio es mi mejor amigo y coloborador. El invento es tanto de él como mío, puesto que los dos lo realizamos en Francia durante la guerra... y ahora, aquí están los planos.

Extrajo del bolsillo los papeles, pero en aquel momento Grew, que había entrado se los arrebató y huyó con ellos perseguido de Aurelio y Florencia.

En casa de Kellong se hallaban reunidos en aquel momento todos los que habían intervenido en la comedia urdida por Tomás, y el verdadero conde les decía:

—Nadie se ha salido de la más estricta corrección, señores... Aurelio es mi mejor amigo y coloborador. El invento es tanto de él como mío, puesto que los dos lo realizamos en Francia durante la guerra... y ahora, aquí están los planos.

Al llegar al aeródromo abandonó el auto y subió en un aeroplano.

No se amilanó por esto Aurelio, sinó que cogiendo otro, continuó la persecución, mientras que Florencia seguía con el coche desde tierra todos los accidentes de aquella lucha mortal. Una hora después Aurelio, con los planos en su poder, volvía al auto donde estaba Florencia y le decía:

—Bueno; me parece que ha sido este un digno remate de mi vida de conde. Es lástima, porque me empezaba a tomarle cariño al papel, mucho más al saber que usted me quería.

—No se apure Aurelio, también sin título alguno podemos ser felices—le contestó la muchacha.

Y con un beso muy apretado empezaron los dos jóvenes a saborear las caricias de aquella felicidad que les ofrecía su cariño.

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

1 YO SOY COMO LA MANZANA

por CLOVIS EIMERIC

2 AMOR QUE NO MUERE

Traducción por RICARDO PRIETO

3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?

por CLOVIS EIMERIC

4 LA VENGANZA DEL AMOR

por ANTONIO GUARDIOLA

5 EL HERÓICO DON JUAN

por CLOVIS EIMERIC

6 CORAZÓN DORMIDO

por RICARDO PRIETO

7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...

por CLOVIS EIMERIC

8 AGUA MANSA

por RICARDO PRIETO

9 LA NOVIA DEL ASESINO

por CLOVIS EIMERIC

10 CORAZONES UNIDOS

por PEDRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

2.19-26/8

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discretes, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discretes, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guardiola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos
